

LA VIDA CONTEMPORANEA

EN ZARAGOZA

La supremacía otorgada por el consenso general á Nuestra Señora del Pilar sobre las demás Vírgenes predilectas de la nación española, es un hecho que se presta á reflexiones, y yo hubiese podido hacerlas cuando, ya anochecido, llegué á Zaragoza. Es la tercera vez que voy á arrodillarme en el Pilar, sin más objeto que satisfacer el gusto de estar en Zaragoza unos días. La primera — ¡cómo lo recuerdo! — me precipité ansiosa de contemplar las nobles tapias acibilladas por las balas francesas. A pesar de todas las lecturas, me costaba trabajo creer que los muros zaragozanos fuesen tan endeblados, sólo de tierra y ladrillo. Vi que, en efecto, el regatón de mi sombrilla alcanzaba á descabalar profundamente aquellas defensas ilusorias. La resistencia, allí, en una ciudad tendida como un tapiz sobre la fértil llanura, la hizo la constancia, el tesón inquebrantable de la raza; ese resorte que nosotros perdimos, que ahora sostiene á los *boers* y les enseña á poner al coloso inglés la ceniza en la frente. Eramos nosotros los *boers* de entonces, animados por verdadera fe religiosa y energía propia de nuestra leyenda. Y como, en aquella primera visita á las ilustres tapias, aún no habían sucedido nuestras desventuras, y con un poco de optimismo cabía esperar que bajo la ceniza se conservasen las chispas de aquel fuego, yo tuve unas horas de engrimamiento patriótico, de alegría objetiva, de ilusión. Decayó mi entusiasmo cuando conseguí que me permitiesen ver la Aljafería. Los salones de soberbias techumbres artesonadas al estilo árabe, pero que pregonan la reconquista en sus yugos y flechas, nudos gordianos, letreros del *Tanto monta* y otros emblemas de los Reyes Católicos, sirven ahora de arsenal, y allí se vela en hileras y trofeos el armamento destinado al ejército español. Soy lega en estas materias, pero me sucede lo que á los hombres que sin entender de modas, por impresión juzgan del atavío de una dama, y suelen acertar. Así á bulto me parecieron anticuados los modelos de fusiles, y no me satisfizo ni la colocación, ni la limpieza de aquella armería. Salí de allí preocupada. No me distrajo ni el famoso balcón de la Gitana, desde el cual el conde de Luna ordenó que cayese la cabeza de su hermano el trovador Manrique, y hasta se me figuró que la leyenda en que se fundó García Gutiérrez es una descabellada patraña.

Por entonces aún estaba en pie un monumento que Zaragoza, no muy abundante en edificios artísticos, relativamente á otras ciudades españolas, no debe consolarse nunca de haber perdido: la Torre inclinada, que á pesar de su respetable fecha de cuatro siglos, *nueva* seguía llamándose. Curiosa torre, que conservaba en su adorno tan elegante y delicado huellas visibles de que en ella trabajaron reunidos maestros cristianos, judíos y moros. La mezcla del gusto gótico y del árabe, en la torre hermosísima, parecía emblema de lo que hubiera debido ser España si hubiésemos sabido amalgamar y fundir con la nuestra las razas conquistadas, en vez de arrojarlas de nosotros como el mar arroja el cuerpo muerto. Esas torres, en que se unieron los dos grandes elementos hispanos, el cristiano y el sarraceno, y dieron por resultado una joya primorosa del arte; esa torre que fué además profundamente nacional por su heroica misión de anunciar la caída de las bombas du-

rante el sitio, era para mí toda la nacionalidad. Con tal cariño la miraba, que un chicuelo baturro, acercándose á mí, y burlándose, por supuesto, me interpeló:

— ¿Te gusta la Torre Nueva, franchuta?

¡Ay, si me gustaba! Mis ojos no sabían apartarse de sus torrecillas menudas, de sus franjas de arabescos, de sus góticas galerías, de sus ojivas finas y estrechas, de la curiosa, atrevida, gallarda columna de trescientos pies de elevación, y á la cual la inclinación misma prestaba singular encanto, como el de un enigma... Cuando volví á Zaragoza, la Torre Nueva había desaparecido, bárbaramente arrasada, sin que la piadosa idea de reconstruirla en otra parte hubiese germinado en los cerebros de los vándalos demoleedores...

**

¿Y á qué negarlo? Si la Torre Nueva se captó toda mi benevolencia, el templo del Pilar fué una decepción. No esperaba encontrar allí la primitiva capilla construída por el apóstol Santiago para conmemorar la aparición de la Virgen en carne mortal, primer altar erigido á Nuestra Señora en el mundo; pero tampoco me formaba idea de una basilica tan profana. Por extraño caso, ha sido desgracia para los monumentos levantarse en países ricos y poderosos. El vandalismo hizo en ellos doble estrago. Las edénicas tierras de Levante, que acabo de recorrer, apenas conservan iglesias góticas, y de románico no se habla. El exceso de bienestar se tradujo en impías reconstrucciones, y se barrieron los escombros para alzar edificios de mal gusto. Del Pilar tal cual se construyó en el siglo XIII, no quedan sino el retablo y la sillería del coro. Las postrimerías del siglo XVII, con el torrente de barroquismo que en ellas se desató, grabaron su sello en este templo del Pilar, vasto sin grandeza y rico sin magnificencia. Los techos al fresco, la traza de las columnas, hacen pensar en un teatro; por mejor precisar la impresión, en el suntuoso vestíbulo de un palacio allá en Roma. El templo no es *mariano*, no es un afeminado camarín como el de la Divina Peregrina en Pontevedra; ni aun reviste ese carácter, es más frío, más desconcertado. Y sin embargo, bajo estas bóvedas que aplanan el alma en vez de elevarla al cielo, es donde ha brotado con más fuerza y empuje la florecencia de la fe ardiente, incondicional, enajenada. Como si estudiasen el modo de acrecentarla, la sacratísima efigie apenas se ve: no se distinguen sus lineamentos. Tanta plata, tantas alhajas, tanto cirio, la verja que no permite acercarse al altar, impiden que los ojos distingan pormenores.

Gana así, con el misterio, la devoción. ¡Cómo se ha extendido! No ya Zaragoza, sino Aragón; no ya Aragón, sino toda España, hacen de esta Virgen el Paladío nacional. Y nótese que la afición á la *Pilarica* — la *moda* diría, si me atreviese á aplicar tal nombre á cosas tan superiores á él — es de ahora, reciente, y en gran parte obra de artistas, de literatos, de músicos, de periodistas. Los milagros y grandezas de los santos, por cierto, eran más discutidos antaño que hoy. Ahora nadie aplica la crítica á la mayor ó menor autenticidad de los sucesos prodigiosos en que el Pilar funda sus preeminencias; en otras épocas se hilaba delgado en tales puntos; había exclusivismos, particularismos de la devoción, emulaciones entre pueblos y envidias entre santuarios; la tradición del Pilar, que se apoya en un código existente en el archivo de la catedral de Zaragoza, no hay que decir si fué combatida. En el día ni aun la conoce la gente que va á postrarse allí, y mientras otros santuarios y otras efigies nombradísimas, como la de Guadalupe, van quedando relegadas al olvido, el Pilar sube y triunfa, no tanto por el esfuerzo de los verdaderos devotos como por un impulso general, de la colectividad, por mejor decir, de la nacionalidad, cuyo desmayado aliento y decaída pulsación se concentran en el Pilar marmóreo, último emblema de cualidades y virtudes propias del alma española, que poderosamente contribuyeron al antiguo engrandecimiento de la patria.

**

Por eso, principalmente, ningún español, al sentar el pie en Zaragoza, deja de visitar la simbólica columnita. Y por eso me sorprendió no encontrar la Basílica más concurrida. Era la misa de doce la que oí. La primera vez que vine á Zaragoza no se cabía; la segunda, recuerdo que había bastante gente, y que los baturros, después de haber rezado, se despedían con la mano, familiarmente, de la Virgen. Ahora la soledad, la falta del apasionado murmurio de los rezos, me causó una especie de frío. Cualquiera otra

iglesia quizás me agradase más solitaria; aquélla, el Pilar... ¡atejada, rebosando!

Entre las personas que me acompañaron al Pilar estaba el presidente de la Cámara de Comercio de Zaragoza y de la Asamblea, Basilio Paraíso. Del templo salimos para almorzar en la Quinta Julieta, un sitio amenísimo, de una coquetería de jardín de abanico, y donde la abundancia de agua de que se puede ufamar Zaragoza ha permitido simular un riachuelo y formar dos estanques orlados de flores y arbustos, en que bogan patos y gansos, atropellándose para llegar al puentecillo desde el cual les arrojan mendrugos de pan. El sol espléndido, el día dorado y tibio, de dulce otoñada, llenaba el espíritu de placidez gozosa. Se me habían disipado los pensamientos relacionados con los destinos de la patria, únicos que tuve otras veces en Zaragoza; y sólo pensaba en lo grato del instante, viendo desde el balconcillo de la quinta la perspectiva de la ciudad — que después fuimos á contemplar desde el Cabezo de Buena Vista. — Hablábamos de política, y casi me costaba trabajo seguir el hilo de la conversación. Campo, sol, flores, agua, son poderosos calmantes. La Zaragoza heroica, la que hizo morder el polvo á las águilas imperiales, desaparecía para mí. A lo lejos divisábamos, no sólo cúpulas y torres de iglesias, sino chimeneas de fábricas, que se han multiplicado en estos últimos tiempos, creando una Zaragoza industrial muy activa, deseosa de emular á Cataluña en laboriosidad y riqueza legítimamente ganada.

Entre los recuerdos mejores del viaje cuento el almuerzo zaragozano, que me proporcionó ocasión de escuchar á Paraíso. El nombre de este aragonés apenas era conocido en España hace un año, y ahora se pronuncia y repite dondequiera, ya con el acento de la esperanza y de la simpatía, ya con el del enojo y la reprobación — que así se repiten los nombres si la fama los lleva en sus alas. — Basilio Paraíso vino á mi pueblo, á la Coruña, en junio, á celebrar un *meeting*, y me fué imposible oírle y hacerle los honores del castillo de Santa Cruz, por lo reciente del fallecimiento de Emilio Castelar. La fortuna me deparó ahora conocer más íntimamente al regenerador económico, que á decir verdad me produjo impresión del todo favorable. Basilio Paraíso tiene la franqueza algo ruda de su raza, una ingeniosidad espontánea, la tenacidad, la dureza y el sentido práctico. Modesto, su rápida popularidad ni le ha desvanecido ni ha despertado su ambición. Se propone un fin, y va á él resueltamente, á pesar de los compromisos políticos, de los quebrantos de la salud y del abandono de los quehaceres. Este hombre ilustrado, que estudió dos carreras, es fabricante de lunas, ó mejor dicho, adorna y pule las lunas que vienen fabricadas de Saint Gobain, las decora al estilo veneciano, dora los marcos y los talla ricamente; una industria bonita, fina, en que las mujeres encuentran empleo y labor, porque son más cuidadosas para la difícil aplicación de la hoja de oro. Lástima que España no esté llena de fabricantes por el estilo... ó por otro: no seamos exigentes.

En el jardín de la fábrica, bajo el cenador de enredaderas, de España hablamos, de su porvenir, de sus abiertas llagas. Y sin que Paraíso haga alardes de patriotismo — en la misma calma de su voz, desmentida por el estremecimiento de sus nervios, visible en la cara — comprendo que este español ha sufrido, ha sentido, ha llorado quizás por dentro, y tampoco cree que tengamos el derecho de cruzarnos de brazos... Su remedio será más ó menos infalible — no es aquí lugar de discutirlo, — pero él quiere aplicar remedio, y lo aplica.

EMILIA PARDO BAZÁN